

CAPITULO CLXXIII.

Desgraciada batalla de Ocaña.—Reveses sufridos por nuestras armas.

Los vencedores de Talavera no siguieron á sus contrarios, porque marchaba hacia ellos desde Zamora el mariscal Soult, que entró en Plasencia el 1.º de agosto, y comenzó á maniobrar para interponerse entre los aliados y el puente de Almaraz.

Wellesley pasó por el del Arzobispo; y Cuesta, no creyéndose bastante fuerte contra las tropas de Víctor, abandonó á Talavera y se unió con los ingleses: así los heridos de esta nación que había en aquel pueblo cayeron en poder del enemigo.

El ejército de la Mancha, mandado por el general Venégas, que debía operar al mismo tiempo que el de Extremadura, había obligado á Sebastiani á retirarse á Toledo.

Después de la batalla de Ocaña, que tuvo lugar el 19 de noviembre, y en la cual tuvimos de cuatro á cinco mil entre muertos y heridos, trece mil prisioneros y la pérdida de más de cuarenta cañones, los franceses atravesaron la Mancha, penetraron sin dificultad en Andalucía y ocuparon á Córdoba, Jaén, Sevilla, Jerez, Granada y Málaga, sin hallar obstáculo en ninguna parte.

El duque de Alburquerque, que atravesó rápidamente con su división desde Extremadura á Cádiz ántes que los franceses llegasen á Sevilla, puso aquel puerto en estado de defensa. La Junta Central, que se había retirado con tiempo á la isla de León, nombró una regencia de cinco miembros con encargo de que reuniese las Cortes de la Monarquía, y se declaró exonerada de su encargo.

El nuevo Gobierno, aunque bloqueado por tierra por el cuerpo del mariscal Víctor, estaba en un sitio seguro, pues Inglaterra su aliada era señora del mar.

Mandó, pues, organizar nuevos ejércitos en todas las provincias y las partidas de guerrillas se aumentaron, porque todos los infortunios anteriores y los que amenazaban nuevamente no bastaron á contrastar la firme determinación en que estaban los españoles de morir ántes que rendirse.

El Gobierno refugiado en Cádiz ejercía en toda España más autoridad que el rey intruso ó su hermano Napoleón.

Sin embargo, el emperador de los franceses, dueño de Italia y Alemania, enlazado con el Austria por su casamiento con la archiduquesa María Luisa, después de haberse separado de su primera esposa Josefina, creía que sólo le faltaba hacer un esfuerzo contra Portugal para dominar completamente en la península española, y envió contra aquel reino al célebre Massena, para que lo ocupase con sesenta y seis mil infantes y seis mil caballos.

Este ejército abrió la campaña el 25 de abril presentándose delante de Ciudad-Rodrigo, defendida por una guarnición de cinco mil hombres, y por la proximidad del ejército anglo-portugués, mandado por Wellington.

La plaza, aunque miserable, se defendió intrépidamente, y los franceses fueron rechazados con mucha pérdida en un asalto que dieron al convento de Santa Cruz en la noche del 23 de mayo.

El mismo éxito tuvieron los que intentaron contra el arrabal de San Francisco, del cual se apoderaron el 3 de junio.

El gobernador D. Andrés Pérez de Herrasti mandó hacer varias salidas durante el sitio, que causaron bastante daño al enemigo.

En fin, abierta ya la brecha, y reducida á escombros la plaza, capituló el 10 de junio honoríficamente, quedando la guarnición prisionera de guerra.

Massena entró en Portugal el 24 de julio, derrotó junto al Coa al general Crawford, que cubría á Almeida, é intimó la rendición á esta plaza; pero hasta el 13 de agosto no abrieron los franceses la trinchera.

El horroroso fuego que hicieron el 26 voló tres almacenes de pólvora de la ciudad, con cuya explosión cayó al foso la artillería de los muros y éstos se aportillaron.

La plaza capituló al día siguiente.

Wellington se retiró detrás del Mondego.

Massena comenzó su marcha por un país devastado de intento y de antemano.

Todas las subsistencias se llevaron á las formidables líneas que Wellington había formado en Torres-vedras desde el Tajo hasta el mar para defender á Lisboa, y las que no habían podido llevarse se habían destruido.

Los franceses, pues, apenas encontraron en su invasión medios de subsistir.

El 27 de setiembre atacaron las posiciones de los ingleses en la sierra de Busaco, y fueron rechazados con pérdida de cuatro mil hombres.

Entonces Massena pasó por la derecha de la sierra, obligó á Wellington á abandonarla, entró en Coimbra, y el 11 de setiembre dió vista á las líneas de Torres-vedras, donde ya se habían encerrado los ingleses.

Examinólas el mariscal francés; vió imposible el ataque; contentóse con bloquearlas y pidió refuerzos á Napoleón.

En el Nordeste de la Península continuaba Suchet haciendo progresos.

Después de habérsele malogrado una expedición que intentó contra Valencia, asedió y tomó las plazas de Lérida, Mequinenza

y Morella, y emprendió el sitio de Tortosa, sometido ya el Aragón, esto es, las plazas fortificadas y Zaragoza: pues en las montañas del país había un ejército nacional y guerrillas como en todas partes, que no dejaban descansar á los franceses.

También cayó en su poder la plaza de Hostalrich, evacuada por la guarnición española después de una heroica resistencia.

En Cádiz se reunieron las Cortes, reasumieron la soberanía nacional, y se declararon extraordinarias para dar un código fundamental á la nación.

Su forma fué la misma que habían tenido las antiguas Cortes de España desde que el emperador Carlos V excluyó de ellas al clero y nobleza.

Las cuestiones de reformas de toda especie que se suscitaron dividieron á la nación en dos partidos; mas no por eso fué menor el empeño de unos y otros en pelear contra el enemigo común.

Entre tanto empezaban las provincias de América á separarse de la metrópoli.

En Caracas se unió el pueblo á la tropa, y con el pretexto de que los franceses eran ya dueños de España, crearon una Junta que los gobernase con independencia de la Península.

Su primera operación fué abrir los puertos de Venezuela al comercio extranjero.

En Buenos-Aires se formó un congreso al cual se confió el gobierno.

Nueva-Granada siguió el ejemplo de Venezuela.

Méjico y Perú permanecieron sosegados por entónces, aunque el volcan hervía, pero las tropas impidieron su explosión.

Mas ya dado el impulso, no era posible contener á los criollos y á algunos españoles, verdaderos autores unos y otros de la emancipación, imbuídos ya en los principios proclamados en las revoluciones de Norte-América y de Francia, y animados además por la efervescencia que causó el movimiento de España contra la invasión de los franceses.

Atizaban además las revoluciones de la América española los Estados-Unidos y los mismos ingleses, deseados de gozar del comercio directo con aquellos países.

Los múltiples acontecimientos que se sucedían en la Península, la guerra encendida de un extremo á otro de ella, las diferentes operaciones y la movilidad de aquellos ejércitos que se trasladaban á cada momento de un punto á otro, nos obligan, del mismo modo que les ha sucedido á todos los demás historiadores que nos han precedido, á retroceder en el orden de fechas para hablar de los sucesos ocurridos en los diversos puntos de España.

De aquí esa especie de confusión que parece producirse al ver que relatamos hechos que han tenido lugar, por ejemplo, en los últimos meses de un año, é inmediatamente nos ocupamos de otros cuyas fechas corresponden á los primeros meses del mismo, y esto es indispensable toda vez que, como ya indicamos, son distintos los lugares que tenemos que recorrer para dar, siquiera sea muy á la ligera, una idea de la famosa guerra de la independencia española.

Massena se había retirado delante de las líneas inglesas de Torres-vedras, y sentado su cuartel general en Santarém.

Entraron en Portugal los cuerpos franceses de los generales Drouet y Joy en número de cerca de veinte mil hombres, y el mariscal Soult, según las órdenes del Emperador, debía auxiliar á Massena, entrando por el Alentejo; pero las fuerzas disponibles no eran muchas.

Sebastiani, que guardaba el reino de Granada, tenía necesidad de todas sus tropas para defenderse del ejército español de Murcia, y Mortier, que cubría á Extremadura y el condado de Niebla, apenas bastaba contra las tropas que D. Carlos de España mandaba en la primera provincia, y los desembarcos que desde Cádiz se hacían ó pudieran hacerse en la segunda.

Parecióle, pues, que la invasión en el Alentejo sería expuesta no teniendo las plazas de Olivenza y de Badajoz.

Pedida á Paris y obtenida la licencia de sitiara, embistió á Olivenza el día 11 de enero de 1811, y la rindió el 22 por capitulación.

El 26 acometió á Badajoz; el 19 de febrero desbarató junto al Gébora el cuerpo del general español Mendizábal, que procuró socorrer la plaza, matándole ochocientos hombres y haciéndole tres mil prisioneros, capitulando el 11 de marzo Badajoz.

Campomayor se rindió el 21.

Pero desde el 6 del mismo mes había comenzado Massena su retirada de Portugal, no quedándole ya medios de subsistencia.

Entró en España el día 5 de abril, perseguido por Wellington, que, sin embargo, no se atrevió á emprender contra él ninguna acción importante.

Soult, pues, nada tenía ya que hacer en Portugal, y le era preciso volver á Andalucía, acometida por los españoles.

Oportunamente volveremos á ocuparnos de estos sucesos, así como igualmente de algunos otros que no hemos hecho más que apuntar, porque se enlazan con algunos importantes de los que vamos á tratar en los capítulos siguientes.



BATALLA DE LA ALBUERA.

Riera, editor. Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CLXXIV.

Batalla de la Albuera.—Operaciones militares.—Disposiciones de la Junta Central.

El día 10 de mayo salió Soult de Sevilla y sentó el 14 en Villafraña su cuartel general.

Tenía á sus órdenes veinte mil infantes, cinco mil caballos y cuarenta cañones.

Beresford levantó el sitio de Badajoz y le esperó en la Albuera, pueblo situado á cuatro leguas de aquella plaza en el camino real de Sevilla, con cerca de treinta y un mil hombres, quince mil de éstos españoles, á las órdenes de los generales Blake y Castaños.

La batalla fué terrible.

Los franceses acometieron al amanecer el 13 por la izquierda y por la derecha de los aliados, pero su principal ataque era la derecha, donde estaban los españoles. D. José de Zayas, que mandaba una de las divisiones de Blake, sostuvo este puesto con el mayor vigor.

Los franceses llegaron á penetrar entre las dos líneas; pero habiendo acudido en su auxilio un cuerpo inglés y la division del conde de Penne, volvieron á recobrar el terreno perdido y arrojaron á los franceses de su campo.

Frustrado el principal ataque desistieron de los demas.

Este combate, aunque duró pocas horas, fué muy sangriento, pues costó á los aliados cerca de cinco mil hombres entre muertos y heridos y á los franceses ocho mil.

Emprendióse de nuevo el sitio de Badajoz, pero Soult, que se había situado en Llerena, volvió á avanzar el 12 de junio reforzado por el general Drouet, al mismo tiempo que Marmont, sucesor de Massena en el mando del ejército de Castilla, llegaba á Trujillo.

Wellington renunció á toda empresa en Extremadura y se retiró á Portugal, dirigiéndose á Sevilla el general Soult, mientras que Marmont se corría hacia la provincia de Salamanca.

El monarca usurpador hubo un momento en que creyó haber asegurado su dominio en España, máxime cuando su Gobierno envió órdenes apremiantes, y ya por medio de las amenazas, ya por medio de la persuasión, consiguió que algunas autoridades, preladados, institutos y Ayuntamientos, felicitaran á José Bonaparte, el cual parecía manifestar deseos de hacer algo en pro de sus nuevos súbditos.

Con el título de comisarios regios confirióse á varios individuos de reconocido saber y prudencia, el cargo de salir á las provincias al objeto de regularizar la administración que, como fácilmente puede comprenderse, no podía encontrarse muy bien, procurando al mismo tiempo restablecer la paz y el respeto al orden de cosas constituido.

La agricultura y la industria viéronse favorecidas con disposiciones encaminadas á su adelanto; los ministerios recibieron nueva organización interior, ordenándose al mismo tiempo que las provincias que fuesen sometidas, no sufrieran el gravamen de las contribuciones extraordinarias, confiándose á los comisarios de Hacienda que se nombraron, el que arreglasen tan importante ramo.

Otra de las disposiciones tomadas por el nuevo Gobierno fué la formación de regimientos españoles, y, como dice un historiador de nuestros días, «bien por debilidad, ó impulsados por la necesidad, varios oficiales y soldados procedentes de las divisiones derrotadas en algunos puntos, se alistaron en los nuevos cuerpos.»

Es verdad que estos soldados *jurados*, como les llamó el pueblo madrileño, tan luego se veían armados y equipados aprovechaban la primera ocasion que se les presentaba para desertar y reunirse con sus compatriotas; mas no por esto dejaron para mengua suya de servir algunos en las huestes del usurpador.

Los conventos, lo mismo que las órdenes militares, fueron suprimidos, quedando subsistente tan sólo la del Toison de oro y la creada por José con el título de «España.»

Como que la situación del Erario tenía muy poco de satisfactoria, hubo necesidad de hacer un empréstito forzoso, el cual se cobraba á las puertas de Madrid, y el conde de Cabarrús ordenó que se recogiera inmediatamente toda la plata labrada, decreto en virtud del cual la mayor parte de las iglesias de la corte y el monasterio del Escorial quedaron despojadas de cuantas alhajas y vasos sagrados poseían.

El día 16 de febrero de 1809, por medio de un decreto creóse una Junta criminal extraordinaria, la cual, aun cuando iba encaminada á castigar á los ladrones y asesinos, tenía tambien facultades para entender en las causas contra los revoltosos, sediciosos y propaladores de falsas noticias, lo cual daba ancho campo á la arbitrariedad, razon por la que concitó bien pronto contra sí toda la animadversión y el enojo popular.

De buenos deseos parecía hallarse poseído, tanto el nuevo Monarca como su Gobierno, pero semejantes propósitos eran totalmente ineficaces, puesto que el incesante movimiento de tropas por una parte, y por otra el irritante desden con que los generales franceses trataban á José, alentados con el ejemplo de su mismo hermano, esterilizaban, si así nos podemos explicar, todos los trabajos, muchos de los cuales no llegaron á plantearse siquiera.

En cambio de esto, la Junta Central si desgraciada estaba siendo en la cuestion de las armas, los pueblos le obedecían y acataban

sus disposiciones, y la nacion entera prestaba completo apoyo á todos sus actos.

Y debe tenerse en cuenta que no siempre el mayor acierto presidía en ellos, pues sabido es que ningun individuo ni ninguna colectividad es completamente infalible, ni los momentos en que tenían que decretar eran de aquellos que permiten calma y meditación.

El Emperador no ejercía dominio más que en los puntos ocupados por sus tropas, mientras que la Junta Central lo ejercía no sólo en los que estaban libres de franceses, sino hasta en los que éstos mismos ocupaban.

De América recibió la Central sobre doscientos ochenta y cuatro millones de reales, los cuales, como puede comprenderse, dadas las circunstancias por que atravesaba el país, fueron de inmensa utilidad.

Y la Junta lo supo apreciar debidamente, cuando en 22 de enero expidió un decreto en virtud del cual se declaraba que no eran los dominios españoles de Indias, propiamente colonias ó factorías, sino que constituían una parte integrante de la monarquía, y por lo tanto se les convocaba para que estuvieran debidamente representados en la Junta, nombrando los Ayuntamientos á los individuos que creyesen más idóneos para representarlos, representación un tanto delicada en aquellos momentos.

Las relaciones de la Central con Inglaterra se estrecharon más cada día, comprometiéndose ésta á asistir á los españoles, no reconociendo otro monarca que Fernando VII ó sus herederos, mientras que á su vez la Junta se obligaba á no desmembrar nada de su territorio, no pudiendo tampoco ninguna de las dos partes contratas ajustar por sí la paz con aquella nacion.

En un artículo adicional acordóse que el comercio de ambos estados disfrutase de algunas franquicias con el carácter de temporales, hasta el momento en que pudiera hacerse un verdadero tratado.

En cuanto á la cuestion de los subsidios, la Junta Central no pudo alcanzar más que veinte millones de reales á cada una de las Juntas de Galicia, Asturias y Sevilla, y un millon seiscientos mil reales y veinte millones en barras á la Junta Central, lo cual, como puede comprenderse, no fué gran cosa.

El Gobierno británico, siempre que la Junta le pedía nuevos subsidios, atento como de costumbre á sus intereses particulares, contestaba que no podía proporcionar el numerario pedido por España, mientras no se abriesen al comercio inglés los mercados de América, y precisamente esto era lo que el Gobierno español no podía conceder, toda vez que estaba ya convenido, como dice un escritor, «de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la Península mercancías inglesas, de donde se difundían á América, volvía á Inglaterra el dinero entregado á los españoles invertido en el pago de sus propias tropas.»

En virtud de una disposicion del día 1.º de enero, la Junta Central dió una planta nueva á las Juntas provinciales, por la que restringía sus facultades en lo referente á las contribuciones extraordinarias, donativos, alistamientos y requisiciones de armas y caballos, á fin de quitar todo lo que pudiese redundar en perjuicio de los pueblos.

Igualmente cambió su antigua denominacion de *Supremas* por la de *Superiores provinciales de observacion y defensa*, quedando reducido á nueve el número de las personas que habían de componerlas.

A imitacion de la especie de tribunal criminal creado por el rey José, segun dejamos manifestado ya, creó la Central otro de seguridad pública, para que entendiese en los delitos de infidencia, un tanto frecuentes á la sazón.

Al objeto de representar y robustecer su autoridad, envió tambien la Junta Central representantes á las provincias, representantes que, no acertados siempre en sus disposiciones, provocaron disturbios algunas veces; mas á pesar de esto, la verdad era que el Gobierno Provisional de España tenía más influencia y disponía de mayores recursos que el de José Bonaparte, aun cuando, como ya hemos dicho, en las armas no siempre le había sido favorable la suerte.

Sin embargo, muchas y graves eran las dificultades que la Junta Central se veía obligada á vencer.

Dejando aparte la cuestion de descalabros, que éstos, como hemos tenido ocasion de ver, fueron terribles, tenía que luchar á cada momento con las rivalidades, con las ambiciones ó con los resentimientos de los mismos generales que mandaban sus divisiones, rivalidades y desabrimientos que á veces tenían tambien fatales consecuencias.

Gracias á que el espíritu público se hallaba de tal modo sobrecitado contra los franceses, y tan encarnado estaba en los pechos españoles el amor á Fernando VII, y su odio al yugo extranjero, que ni reparaban en las derrotas, ni se hacían cargo de las cuestiones de los generales, ni de los errores en que pudiera incurrir la Central, para no pensar más que en combatir y en arrojar cuanto ántes del suelo patrio al enemigo comun.



BATALLA DE VALLES.